



FUNDACIÓ  
GALA-SALVADOR DALÍ

## MANUSCRITO

El óleo *Metamorfosis de Narciso* se expone temporalmente en el Teatro-Museo Dalí acompañado de un curioso libro que Dalí conservó toda su vida. Se trata de un volumen encuadernado con pergamino formado por la edición francesa del poema, publicada por Éditions Surrealistes de París con correcciones en la segunda página y un ejemplar de la versión inglesa a cargo de la Julien Levy Gallery de Nueva York. Además encontramos dos esbozos a lápiz del óleo y un borrador del poema, en francés, a tinta azul sobre papel de carta del hotel Arlberg-Wintersporthotel Alpenrose-post und Arlberg-Haus. Los dibujos, el manuscrito y las dos publicaciones van acompañadas de tres fotografías de Cecil Beaton, firmadas por el fotógrafo.

## LA METAMORFOSIS DE NARCISO

Poema paranoico

MODO DE OBSERVAR VISUALMENTE EL TRANSCURSO DE LA METAMORFOSIS DE NARCISO  
REPRESENTADA EN MI CUADRO

Si se contempla durante algún tiempo, con una ligera distancia y cierta «fijeza distraída», la figura hipnóticamente inmóvil de Narciso, ésta desaparece gradualmente, hasta volverse absolutamente invisible.

La metamorfosis del mito tiene lugar en ese preciso momento, ya que la imagen de Narciso se transforma súbitamente en la imagen de una mano que surge de su propio reflejo. Esa mano sostiene con la punta de los dedos un huevo, una simiente, el bulbo de donde nace el nuevo Narciso, la flor. Al lado, se puede observar la escultura calcárea de la mano, mano fósil del agua que sostiene la flor abierta.

EL PRIMER POEMA Y EL PRIMER CUADRO OBTENIDO ENTERAMENTE SEGÚN LA APLICACIÓN  
ÍNTegra DEL MÉTODo PARANOICO-CRÍTICO

Por primera vez, un cuadro y un poema surrealistas implican objetivamente la interpretación coherente de un tema irracional desarrollado. El método paranoico-crítico comienza a constituir el conglomerado indestructible de los «detalles exactos» que reclamaba Stendhal para la descripción de la arquitectura de San Pedro de Roma, y ello en el ámbito de la más paralizante poesía surrealista.

El lirismo de las imágenes poéticas sólo es filosóficamente importante cuando logra, en su acción, la misma exactitud que obtienen los matemáticos en la suya.

El poeta debe, ante todo, demostrar lo que dice.

Primer Pescador de Port Lligat: «¿Qué le pasa a ese muchacho que se pasa el día mirándose en el espejo?».

Segundo Pescador: «Si quieres que te lo diga (*bajando la voz*): tiene una cebolla en la cabeza».

«Cebolla en la cabeza», en catalán, corresponde exactamente a la noción psicoanalítica de «complejo».

Si uno tiene una cebolla en la cabeza, ésta puede florecer de un momento a otro, ¡oh Narciso!

Bajo el desgarrón de la negra nube que se aleja  
la balanza invisible de la primavera  
oscila  
en el cielo nuevo de abril.  
Sobre la más alta montaña,  
el dios de la nieve,  
su cabeza deslumbrante inclinada sobre el espacio  
vertiginoso  
de los reflejos  
se derrite de deseo  
en las cataratas verticales del deshielo  
aniquilándose ruidosamente entre los gritos  
excrementales de los minerales  
o  
entre los silencios de los musgos,  
hacia el lejano espejo del lago  
en el que  
desaparecidos los velos del invierno,  
acaba de descubrir  
el relámpago fulgurante  
de su imagen exacta.  
Se diría que con la pérdida de su divinidad la alta llanura  
entera  
se vacía,  
desciende y se derrumba  
entre las soledades y el silencio incurable de los óxidos de  
hierro  
mientras que su peso muerto  
levanta toda entera  
hormigueante y apoteósica  
la planicie de la llanura  
donde camino ya se abren hacia el cielo  
los surtidores artesianos de la hierba  
y que suben,  
rectas,  
tiernas  
y duras,  
las innumerables lanzas florales  
de los ejércitos ensordecedores de la germinación de los  
narcisos.

Ya el grupo heterosexual, en las famosas posturas de la expectación preliminar, pesa concienzudamente el cataclismo libidinoso, inminente, eclosión carnívora de sus latentes atavismos morfológicos.

En el grupo heterosexual  
en esta suave fecha<sup>1</sup> del año  
(pero sin exceso querida ni dulce),  
se encuentran  
el Hindú  
áspero, aceitado, azucarado  
como un dátíl de agosto,

el Catalán de espaldas serias,  
y *bien plantado*  
en una cuesta-pendiente,  
con un Pentecostés, de carne en el cerebro,

el Alemán rubio y carnicero,  
las brumas morenas  
de las matemáticas  
en los hoyuelos  
de sus rodillas nubosas,  
se encuentran la Inglesa,  
la Rusa,  
la Sueca,  
la Americana  
y la gran Andaluza tenebrosa,  
robusta de glándulas y olivácea de angustia.

Lejos del grupo heterosexual, las sombras de la tarde avanzada se alargan en el paisaje y el frío invade la desnudez del adolescente rezagado al borde del agua.

Cuando la anatomía clara y divina de Narciso  
se inclina  
sobre el espejo oscuro del lago,

cuando su blanco torso doblado hacia delante  
se paraliza, helado,  
en la curva argentada e hipnótica de su deseo,  
cuando pasa el tiempo  
sobre el reloj de flores de la arena de su propia carne.

Narciso se aniquila en el vértigo cósmico  
en lo más hondo del cual  
canta  
la sirena fría y dionisiaca de su propia imagen.

El cuerpo de Narciso se vacía y se pierde  
en el abismo de su reflejo,  
como el reloj de arena al que no se dará la vuelta.

Narciso, pierdes tu cuerpo,  
arreatado y confundido por el reflejo milenario de tu  
desaparición,  
tu cuerpo herido mortalmente  
desciende hacia el precipicio de topacios de los restos  
amarillos del amor,  
tu blanco cuerpo, engullido,  
sigue la pendiente del torrente ferozmente mineral  
de negras pedrerías de perfumes acres,  
tu cuerpo...  
hasta las desembocaduras mates de la noche  
al borde de las cuales  
ya destella  
toda la platería roja  
de las albas de venas rotas en «los desembarcaderos de la  
sangre<sup>2</sup>».

Narciso,  
¿comprendes?  
La simetría, divina hipnosis de la geometría del espíritu,  
colma ya tu cabeza con  
ese sueño incurable, vegetal, atávico y lento  
que reseca el cerebro  
en la sustancia apergaminada  
del núcleo de tu próxima metamorfosis.

La simiente de tu cabeza acaba de caer al agua.

El hombre regresa al vegetal  
y los dioses  
por el pesado sueño de la fatiga  
por la transparente hipnosis de sus pasiones.  
Narciso, tan inmóvil estás  
que parecería que duermes.  
Si se tratara de Hércules rugoso y moreno,  
se diría: duerme como un tronco  
en la postura  
de un roble hercúleo.  
Mas tú, Narciso,  
formado por tímidas eclosiones perfumadas de adolescencia  
transparente,  
duermes como una flor de agua.  
Ahora se aproxima el gran misterio,  
ahora tendrá lugar la gran metamorfosis.

Narciso, en su inmovilidad, absorto en su reflejo  
con la lentitud digestiva de las plantas carnívoras,  
se vuelve *invisible*.

No queda más de él  
que el óvalo alucinante de blancura de su cabeza,

su cabeza de nuevo más tierna,  
su cabeza, crisálida de segundas intenciones biológicas,  
su cabeza sostenida con la punta de los dedos del agua,  
con la punta de los dedos,  
de la mano insensata,  
de la mano terrible,  
de la mano coprofágica,  
de la mano mortal  
de su propio reflejo.  
Cuando esa cabeza se raje,  
cuando esa cabeza estalle,  
será la flor,  
el nuevo Narciso,  
Gala,  
mi narciso.

<sup>1</sup> «Fecha» considerada como «materia».

<sup>2</sup> Federico García Lorca

Traducción al castellano de Edison Simons

© Salvador Dalí, Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres, 2008